

A FILIS DEMOFONTE DIO LA MUERTE,  
 PERFIDO HUESPED, A SU AMANTE FIRME;  
 EL DIO LA CAUSA, Y ELLA EL INSTRUMENTO,  
 QUE EJECUTO CATASTROFE TAN TRISTE.




---



---

## HEROIDA TERCERA.

---

### ARGUMENTO.

*Entre las cautivas que se repartieron los griegos de las ciudades que subyugaron en Frigia, cuando vinieron al sitio de Troya, tocó Briseida á Aquiles; mas habiéndosela quitado el rey Agamenon, se retiró aquel héroe á sus tiendas sin querer pelear, ni aplacar su enojo, aun cuando el rey arrepentido le devolvía su cautiva con muchos dones. Entonces Briseida escribe á Aquiles, quejándose de la facilidad con que la entregó, y de la obstinacion que muestra en recibirla: suplicale que la reciba, ya que no como esposa, siquiera como á su esclava.*

❖ ~~~~~ ❖

## BRISEIDA

A

### AQUILES.

Esta carta que ves, Aquiles, parte  
De tu robada y mísera Briseida,  
Muy mal escrita por mi mano en griego,  
Pues esta locucion me es estrangera.

Advierte que si van dó quier borradas,  
Mis lágrimas borrarón estas letras,  
Pero tambien las lágrimas contienen,  
Para quien las entiende, su elocuencia.

Y si decir me es lícito, aunque esclava,  
A mi dueño y esposo algunas quejas,  
Algunas te diré como á mi dueño,  
Y otras como á mi esposo en mi dolencia.

No es culpa tuya, no, que me entregáras  
Al rey Agamenon, si asi lo ordena;  
Pero sí es culpa tuya el entregarme  
Con tanta prontitud, con tal presteza.

Pues apenas Taltibio y Euribates,  
De Agamenon ministros, en tu tienda  
Se presentaron á pedirme, cuando  
Al instante quedé su prisionera.

Admirados entonces, uno al otro,  
Y sin que una palabra profirieran,  
Se miraron los dos, como quien dice,  
¿A dónde está el amor que la profesan?

Bien pudiste oponerte. ¡Oh que agradable  
Me hubiera sido allí tu resistencia;  
Pero entregada al punto ¡ay infelice!  
Ni aun pude acariciarte cual quisiera.

Solamente á mis lágrimas amargas,  
Para llorar sin fin, solté la rienda,  
Y arranquéme el cabello, contemplando  
Que por segunda vez me hallaba presa.

Engañando á mis guardias, muchas veces  
Pensé volverme huyendo, á tu presencia;  
Mas si acaso escapaba de los griegos,  
A dar en los troyanos iba espuesta.

Y si hubiera salido, me temia,  
Que si ellos por mi mal, me sorprendieran,  
Aunque indigna, cual don me presentasen  
Del anciano Priamo á alguna nuera.

Mas ya que fue preciso el entregarme,  
¿Cómo tan largo tiempo así me dejas?  
¿Cómo sin reclamarme estás tranquilo?  
¡Oh! ¡qué pronto tus iras se moderan!

No lo esperaba así cuando Patroclo  
Me dijo al entregarme en voz secreta:  
„Por qué tanto llorar? Enjuga el llanto,  
Que poco tiempo durará tu ausencia.”

Mas no basta ¡oh dolor! que no me pídas;  
Antes parece, ingrato, que te empeñas  
En impedir mi vuelta. ¿Y de este modo  
Dirás que eres mi amante y que me anhelas?

De Telamon y Amíntor los dos hijos,  
Ajax y Phenix con Ulises fueran,  
Siendo de aquellos tu pariente el uno,  
Tu compañero el otro en paz y guerra;

Por Atrida enviados á rogarte  
Que aplacado tu enojo me admitieras,  
Apoyando su súplica elocuente  
Con esquisitos dones y preseas.

Veinte vasos hermosos de luciente  
Y encendido metal de labor diestra,  
Siete elegantes trípodes iguales  
A los vasos en gusto y en riqueza;

Doce fuertes caballos, avezados  
A vencer en la lid y en la carrera,  
Y diez talentos de finísimo oro  
Que con los vasos iban y las mesas;

Y aun (lo que para tí no era preciso)  
Siete de Lesbos candidas doncellas,  
Que entre las mas hermosas, otro tiempo  
En la ciudad vencida se esocogieran.

Con estas ademas, para tu esposa  
 (Bien que no necesitas ya tenerla)  
 De las tres hijas jóvenes y hermosas,  
 Del rey Agamenon la que quisieras,

¿Cómo te niegas pues á recibirme  
 Con los preciosos dones y riquezas,  
 Que dar por mi rescate deberias,  
 Si tú de Agamenon me redimieras?

¿Con cuál culpa ¡ay ingrato! he merecido  
 Que con desprecio por tan vil me tengas?  
 ¿El decantado amor que me tenias,  
 Adónde huyó con tanta ligereza?

¿Será, que al que una vez es desdichado  
 Persigue sin cesar fortuna adversa?  
 ¿Será, que ya jamás á mis desdichas  
 Esperanza de alivio alguna queda?

Los muros de Lirneso ví yo misma  
 A tu valor rendidos y á tu fuerza;  
 De Lirneso, mi dulce y cara pátria,  
 De quien era yo parte no pequeña.

En su devastacion mis tres hermanos,  
 Que de mi infancia compañeros eran,  
 Tambien lo fueron de mi triste suerte,  
 Y vílos perecer en lid sangrienta.

A Minetes tambien, mi triste esposo,  
 Sin que empuñar el cetro le valiera,  
 Ví revolcarse pálido en la sangre  
 Con que él mismo empapó la dura tierra.

De todas estas pérdidas pensaba  
 En tí solo encontrar la recompensa,  
 Pues tú mi hermano, mi marido y padre  
 En mi horfandad y soledades fueras.

Y tú, jurando por tu madre Tetis,  
 Del proceloso mar acuosa dea,  
 En mi desolacion me aseguraste,  
 Que mejoraba en ser tu prisionera.

¡Sin duda he mejorado, pues dotada  
 Con tan ricos presentes me desprecias,  
 Y por no recibirme, no recibes  
 Tanta riqueza y don que te presentan!

Y aun para colmo de mi mal, se dice  
Que mañana al instante que aparezca  
La nueva aurora, tú para tu pátria,  
Sin temor á los vientos, das la vela.

Cuya negra maldad á mis oídos  
¡Miserable de mí! llegó apenas,  
Cuando huyendo la sangre de repente  
Quedó mi pecho sin vigor ni fuerzas.

Te irás, Aquiles; ¡ay! te irás: ¿y en dónde,  
Y á quién, cruel, ¡ay mísera! me dejas?  
Abandonada entonces: ¿habrá acaso  
Quien me consuele, quien de mí se duela?

¡Primero, ó dioses, ábrase imprevisto  
Y en sus abismos trágueme la tierra!  
¡Primero un rayo en rutilante fuego  
Me abraze y aniquile mi existencia!

Que contigo y sin mí tus pitias naves  
Las canas ondas de los mares hiendan;  
Y que quedando abandonada y sola  
A tu pátria, sin mí partir las vea.

Mas si tornarte ya, resuelto quieres,  
Si á tus dioses penates ver anhelas;  
En verdad que no soy tan grave carga  
Para que embarazar tu armada pueda.

Cautiva, al vencedor iré siguiendo,  
Ya que seguirlo esposa se me niega;  
Y no seré gravosa, pues mis manos  
Inútiles no son para las telas.

Si acaso otra beldad para tu esposa  
Quisieres escoger entre las griegas,  
La beldad que escogieres (no me opongo)  
Ocupe mi lugar en horabuena.

De tu padre Peleo, ilustre nieto  
De Egina y Jove, nuera digna sea,  
Y tu abuelo Nereo, dios marino,  
Tampoco, Aquiles, se desdeñe de ella.

Que yo ocupada en rústicas labores  
Y destinada al huso y á la rueca,  
Mostrándome contenta con mi suerte,  
De tu esposa seré sumisa sierva.

Que no me trate mal es solamente  
 La gracia que te pido me concedas;  
 Bien que no alcanzo yo por qué motivo  
 Hubiera de mostrármese severa.

Suplicote tambien no la permitas  
 Que el cabello me arranque en tu presencia;  
 Antes bien díla entonces compasivo:  
 „Tambien mi esposa fue; no asi la ofendas.”

O bien, que me maltrate; nada importa,  
 Con tal que no me dejes, si te ausentas:  
 ¡Despreciada! ¡ay de mí! solo al pensarlo  
 Tiemblo, y mi sangre de temor se hiela.

Mas ¿por qué resistir, Aquiles mio?  
 Arrepentido Agamenon te ruega,  
 Sus iras deponiendo, y afligida  
 Ante tus pies está toda la Grecia.

Y supuesto que tú todo lo vences,  
 Vence tus iras, vence tu fiereza.  
 ¿Por qué ha de destrozar el valiente Hector  
 Ante tus ojos las argivas tiendas?

Toma, toma las armas, fuerte Aquiles,  
 Mas recibe primero á tu Briseida;  
 Y con brazo invencible á los troyanos  
 Vence, persigue, despedaza, ahuyenta.

Si por mí tus enojos se encendieron,  
 Que por mí tus enojos se suspendan;  
 Y tenga yo por fin la dulce gloria  
 De ser causa y ser fin de tus querellas.

Ni juzgues deshonoroso concederme  
 Lo que mi amor y súplicas te ruegan:  
 Que Meleagro se venció á los ruegos  
 De su fiel Cleopatra, y fue á la guerra.

Yo he escuchado su historia y tú la sabes:  
 Los dos hermanos de su madre Althea  
 Murieron á sus manos, y ella entonces  
 Maldijo á Meleagro en su dolencia.

Encendióse la guerra, y él airado  
 Deja las armas y de allí se aleja;  
 E insistiendo tenaz en sus enojos,  
 Ausilio y armas á su pátria niega.

Solo su esposa consiguió vencerlo.  
 ¡Oh! ¡qué feliz en conseguirlo fuera!  
 ¡Y no yo miserable y desdichada  
 Cuyos ruegos y lágrimas desprecias!

Con todo, no me indigno; que yo nunca  
 Usurpé de tu esposa la excelencia,  
 Y aun cuando como tal tú me tratabas,  
 Siempre te obedecí como tu sierva.

Y si tal vez alguna esclava tuya  
*Señora*, me llamó (bien se me acuerda),  
 „Mi esclavitud agravas, la decia,  
 Cuando á ese rango tu bondad me eleva.”

Mas si algunos recelos te detienen...  
 Por las cenizas de mi esposo yertas,  
 Que apenas pude sepultar, y honradas  
 Serán siempre por mí con reverencia;

Y por los manes de mis tres hermanos,  
 Almas llenas de honor y fortaleza,  
 Que por mi patria y con mi patria yacen  
 Muriendo con valor en su defensa;

Por tu vida tambien y por la mia,  
 Unidas ya de amor en la cadena,  
 Por tus armas en fin; armas que fueron  
 A mi esposo y hermanos tan funestas;

Te juro que jamás á mi persona  
 Llegó á tocar Agamenon siquiera:  
 Y si en esto te engaño, quiero, Aquiles,  
 Que me abandones, y jamás me veas.

¿No es verdad ¡ay Aquiles! que si ahora  
 De tu fidelidad iguales pruebas  
 Te exigiera mi amor, tú no podrias  
 Jurar lo que juró mi fe sincera?

Piensen los griegos que por mí estás triste:  
 Pero tú con la cítara te alegras,  
 Engolfado tal vez en las caricias  
 De otra nueva beldad que te embelesa.

Y si alguno pregunta; por qué causa  
 Evitas presentarte en las peleas,  
 Es que la lira y amorosas lides  
 Muy más que las de Marte te recrean.

„Mas seguro, dirás, es á una jóven  
Decir enamorado mil ternezas,  
Y mas seguro de la trácia lira  
En mi tienda pulsar las dulces cuerdas;

(cudo,

Que embrazar con la izquierda el fuerte es  
Y la ferrada lanza con la diestra;  
Y mas seguro que llevar el casco  
Asegurado y firme en la cabeza.”

Mas yo me acuerdo, Aquiles, que algun dia  
Amabas mas que el ocio, las empresas,  
Y que era para tí mucho mas dulce  
El laurel adquirido en las contiendas.

¿O por ventura solo al cautivarme  
Probaste tu valor en lid horrenda?  
¿O por ventura yace con mi pátria  
La gloria de tus inclitas proezas?

¿O nunca sea! y antes, cual lo pido,  
Hagan los altos dioses, que tu férrea  
Lanza, vibrada por tu fuerte brazo,  
Traspase de Hector las entrañas fieras.

¡Griegos, enviadme á mí! Cual á mi dueño,  
Llevaré á Aquiles la embajada vuestra:  
Que yo prometo al dársela, á mis ruegos  
Mezclar amante mil caricias tiernas.

Mas que su preceptor y amigo Fenix,  
Mas que del sabio Ulises la elocuencia,  
Y mas (no lo dudeis) que Ajax su primo,  
Conseguirá mi amor de su entereza.

Que de algo ha de servir su amado cuello  
Con brazos estrechar, cuyas finezas  
Conoce ya, y tal vez mi antiguo influjo  
A nacer volverá cuando me vea.

Que aunque mas inflexible, Aquiles mio,  
Que el mar enfurecido te sostengas,  
Y aun dado caso que mi labio calle,  
Ablandará mi llanto tu dureza.

¿O fortísimo Aquiles! (asi logre  
Tu idolatrado padre edad perfecta,  
Y asi consiga Pirro aventajarse  
A tu lado en el arte de la guerra):

Te ruego que me mires compasivo,  
Y de mi largo afán te compadezcas;  
No quieras insensible aniquilarme  
Con esa prolongada indiferencia.

O si tal vez en odio se ha tornado  
El amor que otro tiempo me tuvieras,  
Oblígame á morir mil veces antes  
Que obligarme á vivir sin tí y agena.

Mas ya á morir me obligas, pues advierto  
Que pálido mi cuerpo ya flaquea,  
Y si no acabo de espirar, es solo  
Que la esperanza y el amor me alientan:

Si me falta la cual, bajaré luego  
Con mi esposo y hermanos á la huesa;  
Y en verdad que tu gloria, Aquiles mio,  
No ha de crecer mandando que yo muera.

¿Mas para qué mandarlo? Tú; tú mismo  
Hunde en el pecho de tu amante tierna  
Tu cuchilla fatal, que aun tiene sangre,  
Y la verás correr en larga vena.

Húndeme tu cuchilla, aquella propia,  
Que á no estorbarlo la veloz Minerva,  
Hundido hubieras en el hondo pecho  
Del rey Agamenon con ira ciega.

Pero no, dueño mio: antes la vida,  
Que me diste al hacerme prisionera,  
Consérvame hoy, que pido como amiga  
Lo que como á enemiga antes me dieras.

Que la neptunia Troya, tu contraria,  
A tu acero dará noble materia;  
Y en lugar de mi sangre, la troyana  
Puedes bien derramar con fama eterna.

Y á mí, como señor y dueño mio,  
Mándame conducir á tu presencia,  
Ora á tu pátria partas en tus naves,  
Ora en el campo griego permanezcas.

